

independencia belga. Con esta proposición se mostró muy conforme la Prusia, que firmó por su parte el convenio el 9 de agosto, y dos días después lo firmó también la Francia. Con esto perdió Napoleón desde el principio de la guerra la posibilidad de indemnizarse eventualmente á expensas de la Bélgica.

Desde luego no pudo contar la Francia con el apoyo de la Rusia, porque conocidas eran las buenas relaciones entre el czar y la corte de Berlín, y hasta se habló de una alianza defensiva hecha en Ems á principios de julio entre los dos soberanos de Rusia y Prusia. Gorchakoff, que en aquellos días se encontraba en Berlín y tuvo una entrevista con Bismarck, consideró el caso desde el punto de vista alemán y propuso, si bien sin resultado, la firma de un protocolo, según el cual las potencias neutrales declararían zanjado el incidente con la renuncia del príncipe de Hohenzollern. Napoleón y con él la opinión pública en Francia tenían tanta mayor confianza en que no les faltaría el apoyo del Austria y de Italia, cuanto que decidida en principio la alianza con aquellos dos soberanos amigos desde setiembre de 1869, se habían hecho además con el Austria negociaciones militares, ya por medio del archiduque Alberto, que pasó con este objeto á París en febrero y marzo de 1870, ya por conducto del general Lebrun, enviado á Viena en el mes de junio. Este último sometió á las autoridades austriacas, en especial al archiduque Alberto, un plan completo de campaña que suponía la participación inmediata de Austria é Italia en la guerra. Esta suposición, sin embargo, no fué admitida en Viena, porque el ejército austriaco necesitaba por lo menos seis semanas para poder tomar la ofensiva. En su consecuencia Lebrun, que comunicó al *Figaro* (1) en 19 de enero de 1887 noticias minuciosas de este asunto, trabajó para que se concediese á los austriacos el tiempo que necesitaban para tomar la ofensiva, conservando siempre el plan fundamental de que los tres aliados invadieran la Alemania del Sur y unieran allí sus fuerzas. A su regreso á fines de junio presentó el citado general una memoria al emperador Napoleón, en la cual quedaban bien precisadas las operaciones comunes; y en las Tullerías se daba por seguro que la ejecución de este plan no encontraría ya objeción de parte del Austria. Esta esperanza quedó amargamente frustrada, pues cuando el emperador hizo presentar en la segunda semana del mes de julio en Florencia y en Viena un proyecto de alianza en tres artículos, fundándose en otro proyecto anterior, Italia pidió que se añadiera un cuarto artículo que debía tenerse secreto por el cual la Francia se obligara á conseguir del Papa un *modus vivendi* con Italia. El Austria apoyó vivamente esta pretensión; pero encontró en París la oposición mas viva, y el general Turr que la renovó el 27 de julio, después de prolongadas conferencias con los personajes mas importantes, recibió de Gramont esta contestación telegráfica: «Nos es imposible hacer la menor cosa á favor de Roma; si la Italia no quiere ponerse en campaña, que se quede en su casa.» Mas difícil que la Italia, que estaba pronta á tomar parte en la guerra, si se atendían sus deseos, se mostró el Austria. El conde de Beust había juzgado muy torpe el impetuoso ardor de Gramont y en un despacho que dirigió el 11 de julio á Metternich (2) protestó enérgicamente contra la pretensión de que el Austria se hallara obligada, en virtud de las cartas imperiales, á seguir á la Francia en una guerra provocada por la diplomacia, en cuyas negociaciones el gabinete austriaco no había tenido la menor participación. Beust no negó la posibilidad de que los intereses

(1) Darimon: *Notes*, págs. 9 y siguientes.
(2) Beust, tomo II, pág. 346.

del Austria la obligaran mas adelante á tomar parte en la guerra; pero esto no podía suceder al principio, porque el ejército austriaco no se hallaba preparado para ella, y si la Francia se encontraba en situación de desplegar dentro de pocos días sus fuerzas, no sucedía lo mismo al Austria; por lo cual Beust aconsejó al ministro francés no mezclar á la Prusia en la cuestión de sucesión y atenerse exclusivamente á España. Por lo demás ofreció que en cambio procuraría apoderarse del príncipe Leopoldo en el camino si llegara á embarcarse para España. Gramont se opuso á semejante plan diciendo que esto sería representar una escena digna de un sainete.

Habiéndose declarado la guerra formalmente se activaron las negociaciones de alianza con mayor ardor que antes, y Beust se mostró muy dispuesto asegurando que consideraba la neutralidad como el medio de aproximarse al objeto de su política y de concluir los armamentos sin dar lugar á un ataque prematuro de parte de la Prusia ó de la Rusia; pero de todos modos consideró condición ineludible la evacuación de Roma y la entrada consiguiente de las fuerzas italianas en aquella capital. En 20 de julio escribió Beust que el mismo día en que los franceses abandonasen el Estado de la Iglesia podrían entrar en él los italianos con el consentimiento del Austria y de la Francia; «pues nunca estarán, decía, en cuerpo y alma á nuestro lado si no les sacamos de sus carnes la espina romana.» Con esto no pudo conformarse Napoleón, que pidió simplemente la vuelta al convenio de setiembre, y en una carta autógrafa que dirigió á Víctor Manuel procuró que éste garantizase por su honor y lealtad que después de la marcha de los franceses los italianos no atacarían á Roma. Esta pretensión fué rechazada por el rey de Italia en su contestación del 21 de julio; pero mostró tan buena voluntad para un arreglo diplomático de la cuestión, que Napoleón dió en 26 de julio orden de evacuar á Roma el 5 de agosto.

Entonces se abrieron negociaciones en las cuales intervinieron por parte del Austria el príncipe de Metternich y el conde de Vitzthum y por la parte de Italia el conde de Vimercati y el caballero Nigra, representando á la Francia Gramont. Se convino que las dos potencias neutrales intervenirían por lo pronto diplomáticamente, y si esto no produjera resultado, declararían la guerra. Respecto de la Prusia se propusieron pedir á ésta que se obligara á mantener el estado creado por la paz de Praga. Suponiendo que sería rechazada esta pretensión se concertaron desde luego las primeras disposiciones militares, que según el plan de Lebrun debían consistir en una cooperación de las fuerzas aliadas en Baviera. Con este arreglo se dirigió el conde de Vitzthum á Viena y Vimercati á Florencia para pasar desde allí á su vez también á Viena. El 1.º de agosto volvió á hallarse Vimercati en París con un proyecto de convenio en cuatro artículos redactado de comun acuerdo por el Austria y la Italia, y en el cual quisieron que la Francia entrara. Las dos potencias neutrales se obligaban en este proyecto de convenio á poner sus fuerzas en situación de neutralidad armada, y á transformar esta situación á principios de setiembre, simultáneamente y previo acuerdo, en cooperación efectiva á favor de la Francia. Además el Austria prometía su auxilio á la Italia para obtener á favor de esta última potencia en el arreglo de la cuestión de Roma mejores condiciones que las de la convención de setiembre. Habiendo partido ya entonces Napoleón para el ejército, pasó Vimercati á Metz; pero Napoleón se negó decididamente á admitir el artículo relativo á Roma; no pudo vencer su resistencia el príncipe Napoleón, y además el emperador exigió que se fijara inmediatamente y para una época mas próxima el cambio de la neutralidad

armada en auxilio armado. Vimercati volvió, pues, el 3 de agosto á París y desde allí á Florencia sin haber conseguido nada, lo cual descontentó mucho á Víctor Manuel. Pocos días mas tarde, después de las derrotas de Worth y de Spicheren, el emperador quiso cambiar de conducta; pero ya había pasado el momento favorable, pues cuando el príncipe Napoleón llegó el 20 de agosto á Florencia para pedir el auxilio armado de Italia, ofreciendo en cambio completa libertad en Roma, los ministros contestaron que debían entenderse primero con el Austria, y ésta entonces retardó adrede su contestación, de suerte que llegó la jornada de Sedan y con ella la caída del imperio sin que se hubiese firmado una alianza entre la Francia y las dos potencias amigas, y lo que el imperio no había podido conseguir hallándose todavía en toda su fuerza, resultó completamente imposible para la república después de tan formidables derrotas (1).

También resultó vana la esperanza que cuando menos haría una diversion á favor de la Francia la pequeña Dinamarca; pero por mas que gustó en Copenhague la declaración de guerra, no se apresuró aquel gobierno á tomar resoluciones arriesgadas, y además trabajaron con mucho éxito los diplomáticos ingleses y rusos en contra de las pretensiones del señor de Cadore, que hizo los mayores esfuerzos para conseguir una alianza entre la Francia y la Dinamarca. La aparición de una escuadra francesa dió lugar á manifestaciones ardientes en favor de Francia; pero prevalecieron en Dinamarca los efectos que produjeron las primeras batallas. Para obligar á la Dinamarca hubiera sido menester que la Francia hubiese desembarcado un ejército en la Alemania del Norte (2).

CAPITULO XVIII

LAS DERROTAS DEL IMPERIO

La Francia quedó, pues, reducida á sus fuerzas propias, que por supuesto en opinión de los franceses bastaban para aplastar á sus enemigos; y no solamente lo creía así la opinión pública en su habitual ligereza, sino que también se creía lo mismo en las esferas militares principales, exceptuando al emperador, que tuvo sus escrúpulos por el recuerdo que conservaba de Crimea y del año 1859, si bien podía consolarse con que el armamento había mejorado bastante desde entonces. Además es indudable que tenía la mejor opinión de su ejército y de su completa preparación para entrar en campaña, pues no podía dudar de la exactitud del estado del ejército francés que publicó el *Monitor* en 18 de agosto de 1869, trabajo debido al difunto mariscal Niel, en el cual Napoleón había depositado toda su confianza. Según este trabajo tenía la Francia un ejército activo de setecientos cincuenta mil hombres con una guardia móvil de seiscientos mil hombres y una existencia de un millon doscientos mil fusiles Chassepot. Sin embargo, el emperador tenía también una opinión muy elevada del ejército alemán, y sabía que las fanfarronadas de los entusiastas eran resultado de la ignorancia y del patriotismo ciego. En su manifiesto del 28 de julio dijo: «Tendréis que luchar con uno de los mejores ejércitos de Europa; la guerra será larga y difícil, porque se hará en un país cubierto de fortalezas y de dificultades;» si bien añadió para animar al ejército: «Otros ejércitos igualmente valientes no han podido resistir á vues-

(1) Véanse para esto las comunicaciones del príncipe Napoleón en la *Revista de Ambos Mundos* del 1.º de abril de 1878, y la réplica de Gramont en la *Revue de France* del 15 de abril de 1878.

(2) Renato de Pont-Jest: *La campagne de la mer du Nord et de la Baltique*, Bremen, 1871. Copiado del *Moniteur universel de Tours*.

tro valor.... Para los soldados de Africa y de Crimea, de Italia y de Méjico no hay cosas imposibles.» A pesar de esto, difícilmente se hizo ilusiones el emperador; pero para darse el aire de que creía todavía posible y aun seguro un empuje enérgico y de que tenía la esperanza de llevar el teatro de la guerra al país enemigo, añadió en su manifiesto: «Cualquiera que sea el camino que tomemos mas allá de nuestras fronteras, encontraremos en todas partes las gloriosas huellas de nuestros mayores. Nos haremos dignos de ellos. Las esperanzas ardientes de toda la Francia os siguen y el mundo tiene fija su vista en vosotros. La suerte de la libertad y de la civilización se basa en nuestro triunfo.» Estas frases de Napoleón no eran ciertamente sinceras, porque en su interior tenía la convicción de que la unidad alemana era un progreso ineludible de la historia de las naciones y de que luchaba por consiguiente contra un desenvolvimiento político necesario y forzoso.

Hasta hoy se ignora el fundamento que tuvo Bismarck para decir en su despacho del 28 de julio de 1870, que Napoleón tenía la idea, después de haber concluido sus armamentos, de preparar un arreglo pacífico con la Prusia á expensas de la Bélgica; pero aunque ignoramos los motivos de Bismarck, podemos considerar esta idea como probable en alto grado.

En aquellos días, apenas una semana después de la declaración de guerra, ya no existía la posibilidad de una embestida vigorosa al interior de Alemania. Ducrot, que mandaba en Estrasburgo, había propuesto arrojarse cuanto antes sobre Kehl y Landau, y quizás hubiera podido obtenerse por este medio un triunfo pasajero; pero según se dice, el emperador no aprobó este proyecto por no arrojar en brazos de la Prusia la Baviera y Baden. Este motivo no era el único que guió á Napoleón, pues según se había manifestado ya la opinión pública en la Alemania del Sur en el asunto de Ems, todo lo mas que podía esperar la Francia era la neutralidad de los Estados del Sur de Alemania. Para obligarlos á la fuerza á aliarse con la Francia habría sido menester que los franceses pasaran el Rhin con fuerzas imponentes; pero muy pronto se vió que la Francia no se hallaba en estado de hacer semejante esfuerzo. El 6 de julio todavía había declarado Leboeuf al emperador que bastarían dos semanas todo lo mas para reunir el ejército armado en campaña en la frontera, donde debían estar reunidos en el plazo indicado trescientos cincuenta mil hombres de todas armas con ochocientos setenta y cinco piezas de artillería y cien mil guardias móviles; quedando en el interior de Francia, en Argelia y en Civitavecchia todavía disponibles doscientos treinta y ocho mil hombres, de los cuales podían agregarse todavía por lo menos cincuenta mil al ejército en campaña (3). Con arreglo á este informe se dispuso que se reunieran en Alsacia el primero y el séptimo cuerpo, mandados por el mariscal Mac-Mahon y el general Douay, compuestos de ciento siete mil hombres; que el segundo cuerpo (Frossard), el tercero (Bazaine), el cuarto (Ladmirault), el quinto (Faily) y la guardia imperial (Bourbaki), en total ciento veinte mil hombres, se concentraran alrededor de Metz, y que finalmente el sexto cuerpo (Canrobert), de cincuenta y seis mil hombres, se reuniera en el campamento de Chalons. En la esperanza de ver pronto ejecutadas estas órdenes salió el emperador de París el 26 de julio para tomar personalmente en Metz el mando en jefe. Leboeuf le acompañó como jefe de estado mayor, y el general Dejean se encargó del ministerio de la Guerra. Como en la campaña de Italia,

(3) Informe de Leboeuf del 6 de julio de 1870, en las *Œuvres posthumes de Napoleon III, recueillies par le Comte de la Chapelle*, página 78 (París, 1873).